

1552 - AGOSTO - FINEZAS DE LA AMISTAD DE JAVIER

P Miguel Selga S.J. Agosto 7, 1952

Ni ruegos, ni amenazas, doblegaron la voluntad de Ataide: lo mas que concedió D. Alvaro fue que Javier pasara a China en el barco de Pereira: pero por nada de este mundo irá Pereira de embajador, sino que había de permanecer en Malaça: ni siguiera el mando y la tripulación del navío había de ser los que Pereira deseara, sino los que D. Alvaro señalara a su gusto y conveniencia. Con esto quedó Javier casi del todo desconfiado, y casi deshecha la traza que le vaba, porque, como en el reino de China me entra ningún extranjero, sino con embajada, quedaba muy dificultosa y casi imposible la entrada en aquel reino.

De camino para la nave, Javier seguido de muchos cristianos se detiene a la puerta de una iglesia muy cercana al mar. Levantados los ojos a cielo, con cuanto fervor de espíritu le da su corazón, ruega en alta voz por la salvación del desventurado Don Alvaro; luego postrado de rodillas y con el rostro pegado a la tierra, permanece un rato hablando a solas con Dios: levántase y quitándose los zapatos de los pies, con un realista ademán comienza a sacudirlos golpeándolos uno con otro, y contra una piedra, diciendo que de tierra tan mala y perversa no quería llevar consigo ni un átomo de polvo.

A par de muerte sintió el santo el perjuicio que, contra toda su intención, bien lo sabía Dios, había ocasionado a Diego Pereira y a los que con él habían formado sociedad para aquella empresa. Con sangre están escritas estas palabras para Diego Pereira, y que constituyen uno de los más bellos ejemplos de la sublimidad y fineza a que puede llegar la amistad de dos amigos, animados de los mismos sentimientos. "Con mucha razón, Señor, os podeis quejar de mí, que yo os destruí, a vos y a todos los que venían en vuestra compañía: yo os destruí, Señor, en gastos de cuatro a cinco mil pardados, que por mis

ruegos gastasteis en piezas para el Rey de la China y ahora en la nave y toda vuestra hacienda. Pidoos, Señor, que os acordeis que mi intención fue siempre de os servir, como Dios nuestro Señor sabe y Vuestra Merced, y si esto no fuese así, de pena moriría." Apenado Javier por no poder consolar a los que acudían a su residencia, tomó la resolución de anticipar su ida al barco. Antes de salir, en la intimidad de la amistad, escribe a Pereira: pido'e, Señor, que no venga a donde estoy para no acrecentarme la pena que tengo, pues de nuevo se me acrecientan mayores angustias, acordándome que yo os destruí, y me voy a la NAO para estar allí, para que no me vengan, los horribres a casa con las lágrimas en los ojos, diciéndome que yo los destruí, y si mi intención no me salvara, de pena moriría. ¡Qué amistad tan fina y desinteresada! Que por mí, aunque sin quererlo, haya sufrido mi amigo quebranto

en su honra y hacienda! El agradecimiento de Javier a Pereira no conocía límites. Al Rey de Portugal escribió cuánto había trabajado Pereira por la embajada de China y por servir al Rey en las posesiones del extremo oriente. Pereira estaba seguro de que el Rey Sabría de buena fuente quién había sido la causa del fracaso de la embajada. Como buen portugues Pereira debió de recibir gran consuelo con esta delicada promesa de Javier: si Dios me llevara a la China, como espero me llevará, yo diré a los portugueses la obligación en que ellos están a vuestra merced, y de su parte daré las encomiendas a todos ellos, dándoles cuenta de los muchos gastos que tenia hechos para irlos a redimir, y dándoles esperanzas que para otro año será, si Dios fuere servido." La gratitud aparece claramente en el propósito de Javier que todos los dias de mi vida rogaré por vuestra merced, para que Dios le guarde de todo mal, y le conceda en esta vida

salud y gracia para el divino servicio y en la otra el paraíso para su alma. I porque reconozco que no puedo agradecerle debidamente los muchos favores que le debo, ruego y encargo a todos los jesuitas de la India que le tengan por especial amigo y le encomienden a Dios en sus oraciones y sacrificios. Abarcando Javier con visión profética los siglos venideros y ofreciendo a Pereira el reconocimiento de cuantos cristianos habían de alabar a Dios en la China futura, alienta y consuela a Pereira diciendo: si algun día se ha de predicar la Ley de Dios en Chiina, será por los esfuerzos de vuestra merced: y tanto en esta como en la otra vida esta será en obra de mayor contentamiento para vuestra merced y los que misioneros que allá fueren y los que allá se hicieron cristianos se consideraran como obligados a rogar a dios constantemente por vuestra merced. Desde que se pronunciaron estas palabras, de sublime aliento han entrado en China más de diez mil misioneros, han deviamado la sangre por Cristo en China más de veinte mil cristianos y han sido regenerados con las aguas del bautismo más de cien millones de indígenas. Como santo que era, Javier consuela a Pereira con consideraciones de alta sabiduría espiritual. Pidoos Señor, por merced, que mireis mucho por vuestra salud y vida, y con mucha prudencia mireis las cosas. Audando con el tiempo y desimulando con muchos que dicen ser vuestros amigos, sin serlo. Sobre todo os pido, Señor, por merced, que os liegueis mucho a Dios para que de EL seais consolado en tiempo tan atribulado. Por amor de Dios Nuestro Señor os pido una merced, que para mí sera muy grande, que os confeseis y recibais el Señor, y os conformeis con su santa voluntad, porque toda esta persecución es para más bien y honra vuestra."